

EL DINERO PUEDE COMPRAR...

Una CAMA, pero no el Sueño.

Un LIBRO, pero no la INTELIGENCIA.

Una CASA, pero no el HOGAR.

MEDICINAS, pero no la SALUD.

EL PLACER, pero no el AMOR.

La DIVERSIÓN, pero no la FELICIDAD.

EL CRUCIFIJO, pero no la FE.

Un PANTEÓN lujoso,
pero no el CIELO.

EL PODER,
pero no el BUEN GOBERNAR.

Un TÍTULO, pero no la EFICACIA.

La CONCIENCIA, pero no la VOLUNTAD.

Una BUENA IMAGEN,
pero no el HONOR.

INFLUENCIAS, pero no la HONRADEZ.

A CORRUPTOS,
pero no la INTEGRIDAD.

COMUNIDAD EN CAMINO

LA ASCENSIÓN
17 de MAYO de 2015
PP. DOMINICOS - MADRID

“Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes, y el Señor actuaba con ellos y confirmaba la palabra con los signos que les acompañaban ”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



Sabemos que san Lucas organiza el evangelio, tras los relatos de la infancia, presentando a Jesús camino de Jerusalén. El libro de los Hechos de los Apóstoles por él escrito es el relato de cómo la fe que se recibe en Jerusalén es transmitida al mundo a través de los testigos de la vida, muerte y resurrección de Jesús los apóstoles, a partir de la Ascensión del Señor. Por eso, la fiesta de la Ascensión es una fiesta que nos habla del cielo, destino de esa ascensión de Jesús, a la vez que nos recuerda nuestros compromisos aquí en la tierra. Es fiesta de gloria, la de Jesús, y de compromiso, el nuestro: "¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? dice el ángel a os discípulos

Jesús ha terminado su ciclo terreno, resucitado está sentado a la derecha de Dios en el cielo, dice san Pablo en la segunda lectura. Lo impensable: el crucificado, el fracasado a la vista de todos, ahora a la derecha de Dios. Cristo realizó su misión como ser mortal en esta tierra. Ahora su cuerpo ha adquirido la plenitud de gloria, de felicidad, de ser, su inmortalidad. No nos abandona, sigue haciéndose presente en nuestra historia. Pero sus discípulos tienen una misión concreta: sus últimas palabras según el evangelio de Marcos son: *Id al mundo entero y proclamad el evangelio*".

Nosotros no podemos quedarnos mirando al cielo. Hemos de ser testigos de Jesús. Testigos de su resurrección, de su evangelio, de su modo de ser. Puede que nos encontremos, como los apóstoles, demasiado frágiles para esa misión. Por ello está la promesa de Jesús: "el Espíritu Santo descenderá sobre vosotros y recibiréis fuerzas para ser mis testigos...". La fiesta de la Asunción se completa con la de Pentecostés: el Espíritu Santo viene a dar el impulso necesario para que los apóstoles, la Iglesia naciente lleve a cabo su misión. Esta semana es semana de preparación para la fiesta de Pentecostés.

Hechos 1, 1-11; Efesios 1, 17-23; Marcos 16, 15-20

Pocas experiencias más duras que la despedida a la persona querida que la muerte nos arranca para siempre. Ya no podremos abrazarla, mirarla a los ojos. Su habitación ha quedado vacía. Ya no está. Nadie podrá llenar su ausencia. En medio de la pena inmensa, comienzan a surgir las preguntas: ¿Por qué ha tenido que ser así?, ¿cómo puede Dios permitirlo?. Así sienten esposos, amigos o cuantos pierden un ser querido.

La muerte no ha logrado, sin embargo, arrancar a esa persona de nuestro corazón. La seguimos queriendo. Podemos recordarla, reavivar lo que hemos compartido y vivido juntos. Tal vez no la hemos comprendido del todo; sin duda, la podíamos haber querido más. No es el momento de culpabilizarnos. Ahora nos queda el amor con que esa persona nos ha acompañado durante su vida. La muerte la ha separado de nosotros, pero la ha conducido hasta el misterio insondable de Dios. Allí nos espera.

Al despedirse de sus discípulos, Jesús les habla así: *"Me voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo para que donde esté yo, estéis también vosotros"* (Jn. 14, 2-3). Todos tenemos ya un lugar preparado por Cristo para cada uno de nosotros en el corazón de Dios. Pero lo que creemos de Jesús lo podemos también esperar de las personas queridas que nos han precedido en la muerte.

Cuando se nos muere un ser querido se lleva consigo hacia Dios lo bueno que ha compartido con nosotros: el amor, la amistad, la experiencia gozosa de la vida. De esta manera, esa persona introduce algo nuestro en el misterio de Dios. Cuando un día abandonemos esta vida, no partiremos hacia lo desconocido, sino hacia un hogar en el que nos espera ese Jesús al que hemos querido en esta vida y esas personas a las que también hemos amado. Allí nos volveremos a encontrar. Es bueno recordarlo y celebrarlo en esta fiesta de la Ascensión del Señor.